

Aviso Legal

Capítulo de libro

Título de la obra: Revistas culturales y política en América Latina : notas sobre un ciclo y su virtual ocaso

Autor: Petra, Adriana

Forma sugerida de citar: Petra, A. (2023). Revistas culturales y política en América Latina. Notas sobre un ciclo y su virtual ocaso. En R. Crespo y J. T. Guerra (Coords.), *Revistas, blogs y portales latinoamericanos (1960-2020). Rupturas y transformaciones en el tránsito de lo impreso a lo digital* (pp. 39-54). Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe; Quadrivium Editores

Publicado en: *Revistas, blogs y portales latinoamericanos (1960-2020). Rupturas y transformaciones en el tránsito de lo impreso a lo digital*

Diseño de cubierta: Brutus H. Marie-Nicole

Edición y diseño: Libertad bajo palabra

ISBN: 978-607-30-8278-5

Los derechos patrimoniales del capítulo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este capítulo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- ✓ Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Compartir igual: si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

Revistas culturales y política en América Latina. Notas sobre un ciclo y su virtual ocaso

Adriana Petra

Resumen

El capítulo busca reflexionar sobre las relaciones entre política, cultura y mutaciones tecnológicas durante el ciclo de revistas que se abre en América Latina en la segunda mitad del siglo xx. Poniendo el foco en la centralidad que la política tuvo como principio de legitimación de la vida intelectual, se realiza un recorrido sobre diversas estaciones de la práctica revisteril en este periodo y se analiza el modo en que el supuesto ocaso de las revistas culturales requiere un debate político-cultural antes que de soportes técnicos. Para ello el texto se organiza en una introducción, un apartado concerniente a la investigación que se ha llevado a cabo sobre las revistas culturales latinoamericanas y otro más, referente a la injerencia de internet en el denominado “fin de ciclo” de estas publicaciones. Por último, en las conclusiones, se resalta la importancia de lo que hemos aprendido respecto a las revistas y sus funciones en la cultura latinoamericana.

Palabras clave

revistas culturales; política; mutaciones digitales; América Latina

Introducción

América Latina es, se ha dicho, un continente de revistas. Esta definición busca enfatizar la centralidad que éstas han tenido en la constitución de corrientes de ideas, identidades políticas y programas estéticos y culturales, así como de grupos y formaciones intelectuales que asociaron su significación y su posteridad al nombre de una revista. A partir de esta certeza,

en un libro reciente Horacio Tarcus ha ofrecido una periodización para observar el ciclo de las revistas culturales latinoamericanas. Con un gesto sintético y a la vez programático, afirma que la forma revista nace —seminalmente— a mediados del siglo XIX, en el contexto de la afirmación de los procesos de las independencias y de un nuevo orden político que requería tanto de un Estado como de una esfera pública. Hacia fines de esa centuria, continúa, a medida que los procesos de alfabetización y escolarización se masifican, las revistas van autonomizándose de la prensa en el mercado de los impresos y diferenciándose en tipos y formas (literarias, teatrales, deportivas, humorísticas, etc.). El apogeo de las revistas culturales como tales se produce en la segunda mitad del siglo XX, momento a partir del cual comenzará un lento declive que se agudiza en tiempos recientes (Tarcus 2020, 15-20).

Este ciclo está asociado a lo que el ensayista francés Régis Debray llamó la *grafosfera*. Una edad cultural identificada con la razón, el libro, la prensa y el partido político, que Debray da por concluida en los años posteriores a 1968, cuando los términos del debate político —y con ellos el rol público de los intelectuales— se modifiquen por el avance de los medios de comunicación audiovisuales, concomitante a la crisis del socialismo como alternativa ideológica y práctica política. Es decir, una mutación técnica que hace sistema con una mutación política, un sociotopo que se agota (Debray 2007, 5-26). Bajo esta grilla, Tarcus observa el declive de las revistas culturales en las últimas décadas como producto de dos factores. Por un lado, la era digital, por otro, la estandarización del debate intelectual bajo una lógica puramente académica, lo que se observa tanto en los formatos discursivos (el *paper*) como en los entornos materiales y técnicos (los sistemas Open Journal Systems, por ejemplo), donde las funciones que cumplían las revistas, tanto al interior del campo intelectual como en el espacio público más amplio, ya no tendrían lugar. Ni en el mundo digital ni en las revistas académicas organizadas como una sucesión de *links* a textos inorgánicos habría lugar para la escritura, la apuesta estética o el debate político.

No obstante, la crisis de la forma revista no es por supuesto sólo una cuestión de la metamorfosis de su soporte, sino de cambios más profundos en la esfera pública y sus discursos y actores. En ese terreno, cada vez más dominado por personajes mediáticos, periodistas de ostensible parcialidad, voceros corporativos y un notable desapego al análisis crítico e incluso a cierta idea de verdad, la palabra intelectual es cada vez más infrecuente y escasamente requerida. Como sabemos, toda definición de intelectual, lejos de la asepsia, presupone una valoración, lo que Carlos Altamirano denominó una visión “normativa”. En este caso, cuando hablamos del retiro de los intelectuales de la discusión pública pensamos en las versiones que dominaron buena parte del siglo xx: el intelectual crítico, disconforme, comprometido o, directamente, revolucionario (Altamirano 2006, 31-47). En consecuencia, las revistas, como medios privilegiados de expresión de la palabra intelectual, habrían sido siempre –y en esto radicaría un aspecto de su declive– voceras de una disconformidad y vehículos para la crítica y la disidencia frente a lo establecido (a un sistema político o económico, al canon, a la cultura hegemónica, al Estado dictatorial, a las tradiciones), así como para una apuesta futura (alternativa, contracultural, vital, modernizadora, generacional, revolucionaria, etc.).

Podemos afirmar entonces que la crisis de las revistas culturales no hace sino poner en evidencia el declive de la palabra impresa como transmisor privilegiado de la comunicación y el debate públicos, de la cultura libresca como insumo ineludible de la cultura política de las izquierdas (aunque no solamente), de los intelectuales como portadores de un discurso crítico con vocación de intervención en los problemas del presente, y de la política como polo de tensión, pero también de legitimación de los debates político-culturales y las ideas de futuro. Lo antedicho, sin embargo, es una generalización que no contempla el hecho, analizado en un libro reciente por Ezequiel Saferstein, de que el libro, a diferencia de las revistas, no ha visto disminuido su poder simbólico.

Hoy las mayorías políticas no se aglutinan incondicionalmente detrás de grandes partidos o de intelectuales que pregonan desde el estrado de una plaza pública. El declive de los grandes y ambiciosos proyectos de las izquierdas dio lugar al auge de otras formas de activismo político, más fragmentario. El mundo editorial se encuentra marcado por las lógicas financieras que dicta la industria cultural a nivel global. Sin embargo, el libro político, con la amplitud que posee esa categoría, aparece como un objeto cuya centralidad no ha perimido (Saferstein 2021, 40).

Es decir, no se trataría de una crisis de la palabra política impresa *tout court*, sino de ciertas zonas, entre ellas las revistas, otrora protagonistas de debates intelectuales y político-culturales ahora inhabituales o constreñidos a espacios tan dispersos como sometidos a jerarquías autosuficientes y compartimentadas. En el reverso de un sistema de posiciones culturales dentro del cual resulta difícil establecer con claridad tanto los centros dominantes como las operaciones de sus disidencias, está el espacio cada vez más saturado de la web, donde la comunicación se enfrenta crecientemente a formas corporativas y globales de regulación, censura y cancelación. Tomo prestada la reflexión de Regina Crespo: “En un contexto alterado por la tecnología en una medida tan intensa, en el que incluso la dimensión espacio temporal de los individuos ha sufrido cambios significativos, habría que preguntar en qué lugar quedaron las revistas político-culturales, culturales y literarias impresas y cuáles son ahora sus funciones y papel” (Crespo 2020, 339).

El estudio de las revistas culturales latinoamericanas, un recuento

La bibliografía que se ha ocupado de ofrecer elementos metodológicos para estudiar las revistas como objetos culturales —y no únicamente como reunión de textos o vehículos informativos para acceder a otros temas— es ya copiosa y ha tenido un impacto en el desarrollo de múltiples trabajos monográficos,

donde abundan los datos sobre aspectos materiales, redes y sociabilidades. Una especie de fetichismo del método que no siempre se integra virtuosamente con el análisis de la significación histórica y cultural de las publicaciones observadas. Pero no es este el punto que me interesa, sino el de esbozar algunas reflexiones en torno a lo que a veces se presenta como una hipótesis y otras como un diagnóstico: que las revistas culturales han cumplido su ciclo. Con este propósito, voy a comenzar trazando un *racconto* panorámico del periodo histórico del que se ocupó el coloquio que dio origen a este texto: los sesenta años que inician en la década de 1960 y terminan en el cambio de milenio, en 2020.

El periplo comienza entonces con la “época de esplendor” de las revistas culturales latinoamericanas. Los años 60, en efecto, constituyen un momento de alta densidad en la producción y circulación de publicaciones periódicas, equiparable por su impacto a los años 20, pero diferente de estos por su diversificación y su escala, también por su notable modernización y, sobre todo, por su función en los procesos políticos que se desarrollaron desde entonces bajo el signo de una radicalización creciente de amplios sectores sociales, entre ellos, particularmente, los estudiantes, los jóvenes y los intelectuales, figuras inescindibles, sobre todo la de estos últimos, del uso público de la palabra impresa a través de la producción de artefactos culturales específicos, como las revistas.

El auge de las revistas culturales o político-culturales en los años 60 (no me voy a detener aquí en la distinción entre revistas literarias, culturales, magazines o semanarios) ha sido explicado atendiendo a múltiples dimensiones, aunque siempre se enfatizan dos: la modernización cultural y la radicalización política. En efecto, procesos económicos, culturales, sociales, tecnológicos e incluso demográficos que se iniciaron tras el fin de la segunda guerra mundial dieron forma a lo que Eric Hobsbawm llamó una revolución social y cultural que se extendió aceleradamente, aunque de manera desigual, por buena parte del mundo occidental. En los años 1960, con epicentro en Europa y los Estados Unidos, se asistió a una in-

tensa y extendida urbanización así como a un crecimiento de los niveles de escolarización; los índices de empleo fueron casi plenos y el sector profesional aumentó; las mujeres ingresaron masivamente al mercado de trabajo y también a la universidad; las pautas sexuales, familiares y las relaciones entre los géneros fueron cuestionadas y alteradas; el consumo se transformó en una variable del bienestar promovido por los Estados nacionales y globalizado por un mercado comunicacional cada vez más integrado y tecnologizado; por último, adquirieron protagonismo nuevos actores sociales y políticos (los jóvenes, las mujeres, los nuevos explotados tanto en el centro como en las periferias) y, por lo tanto, emergieron nuevos repertorios de contestación (Hobsbawm 2011, 290-345),

América Latina no se mantuvo al margen de estos “años dorados”, aunque en su geografía los procesos de modernización revelaron intensamente su carácter contencioso (Manzano 2017, 40). En el marco de países con gobiernos autoritarios, inestabilidad política y desigualdad social, diversos sectores sociales se manifestaron en contra de los bloqueos autoritarios impuestos a los procesos de modernización sociocultural, al mismo tiempo que exponían sus límites, aquello que esa modernización excluía, esto es, la pobreza estructural que organizaba la vida de enormes masas de población. Una de las derivas de esta constatación fue la identificación de América Latina con esa geografía emergente que se dio en llamar el Tercer Mundo. El título de un libro publicado en 1957 por el escritor argentino Bernardo Verbitsky resumía el asunto: *Villa miseria también es América*.

En este contexto, donde la pulsión por lo nuevo se combinó con las ideas de cambio y, sobre todo luego de la Revolución Cubana, con una reorganización de las identidades políticas de izquierda que discutió los viejos programas de las formaciones desde entonces llamadas tradicionales (socialistas y comunistas principalmente) y promovió la opción por las vías armadas y las organizaciones guerrilleras o político-militares, América Latina vio reverdecer, en el ámbito más acotado de la vida cultural e intelectual, su carácter de “con-

tinente de revistas”. En efecto, a lo largo de las décadas de 1960 y 1970, las revistas culturales alcanzaron su *clímax*, si atendemos tanto a su cantidad como a su calidad, diversidad e impacto, y parecieron cumplir cabalmente (al mismo tiempo que moldear) las funciones que los estudios actuales les asignan con bastante consenso:

1. Fueron formas privilegiadas de la militancia cultural.
2. Fueron medios para intervenir en el debate público, pero también en las discusiones más acotadas de las disciplinas y el campo cultural (la crítica literaria, las nacientes ciencias sociales, las humanidades, las artes).
3. Fueron un campo de prueba y ensayo de opciones estéticas y políticas y, en tanto tales, contribuyeron a modernizar lenguajes y repertorios críticos, algunos de los cuales devinieron en el establecimiento de un nuevo canon, como sucedió con la literatura, aunque no únicamente.
4. Fueron un vehículo a través del cual los intelectuales y los productores culturales se agruparon, se dieron a conocer, cohesionaron su identidad, tejieron alianzas y tomaron posiciones, tanto al interior de las diversas fronteras nacionales como en el espacio continental. La conformación de una “gran familia latinoamericana” organizada en torno a una o varias redes de revistas es tal vez, como lo ha dicho Claudia Gilman, una marca distintiva del periodo (2003, 103).
5. Fueron un espacio de elaboración de culturales políticas y zonas de contestación emergentes (la nueva izquierda intelectual, el tercermundismo, el feminismo, los movimientos contraculturales).
6. Fueron dispositivos de exposición, según la definición de Geraldine Rogers, donde se mostraron temas, actores, problemas que hasta entonces no tenían visibilidad, por novedosos, marginales o periféricos (Rogers 2019, 11-27).

Las revistas vehiculizaron formas de intervención político-cultural fuertemente críticas y disidentes, revolucionarias y

vanguardistas, acordes con un tono de época que desbordó ampliamente los límites de la ciudad letrada, pero que se manifestó en esta mediante la promoción de figuras de escritor y de intelectual, así como de formas estéticas y culturales, que encontraron en la política un principio de legitimización. A tal punto la revolución y sus atributos devinieron garantía de legitimidad en la orilla izquierda del mundo intelectual, que las revistas, como lo ha demostrado Gilman, terminaron siendo un vehículo privilegiado para la conformación de un discurso anti-intelectualista promovido, como sucede desde Maurice Barrès en adelante, por los propios intelectuales (2003, 164). No deja de ser curioso que la apuesta por la acción (de preferencia por la vía de las armas) en detrimento de la palabra y de cualquier otro tipo de práctica simbólica, que fue el elemento principal de las valoraciones negativas acerca de la “utilidad” de los intelectuales y sus prácticas específicas en momentos que se juzgaban revolucionarios, haya sido un discurso que proliferó en un artefacto típico de la práctica intelectual. Esto no supone olvidar que el espacio intelectual posee lógicas propias, y que las luchas por el reconocimiento y el poder suelen arrojarse bajo banderas más nobles como la justicia, la igualdad o la revolución. Pero aun admitiéndolo, resulta muy difícil negar que en este periodo la política fue un elemento organizador del sistema de posiciones de la vida cultural. Los estudios sobre la “nueva izquierda” intelectual en América Latina (no es así en otros espacios, como lo ha advertido Eric Zolov para los casos de los Estados Unidos y Europa), han prestado particular atención a los efectos de esta centralidad de la política y la imagería revolucionaria (Zolov 2012) sobre la cultura, pero al precio de una reducción que deja sin revisar todo un archivo de revistas contraculturales, feministas, juveniles y de disidencias varias (cuya valencia política, por otra parte, es también evidente), que espera ser incluido en los repertorios de resistencia y contestación de la época, pero que aún continúa habitando el “margen del margen” (Álvarez 2016, 1).

Lo que me interesa destacar es que, al menos hasta mediados de la década de 1960, cuando los sucesivos golpes mi-

litares en países como Chile, Brasil, Uruguay y la Argentina precipiten el cierre de algunas de las revistas más importantes de escala latinoamericana, como *Crisis* o *Marcha*, lo que podríamos llamar, con los recaudos del caso, “campo de revistas latinoamericanas”, se estableció sobre un sistema de posiciones donde la tensión entre política y cultura organizaba los términos del debate intelectual, la interpelación pública y las relaciones entre cultura y mercado, como puede observarse en los debates en torno a la literatura del *boom*. A esta centralidad le correspondió además un espacio geográfico: Cuba. La isla revolucionaria se transformó, sin desplazar las viejas sedes de la legitimidad cultural europea, ya en retirada frente a los Estados Unidos, en un polo de atracción de la intelectualidad latinoamericana y sus referencias. La revista *Casa de las Américas* resume cabalmente este movimiento. El debate en torno al Caso Padilla en 1971 aceleró la erosión de esa autoridad sobre la palabra intelectual y la familia latinoamericana se desarticuló, lo que también derivó en el nacimiento de nuevas revistas, como fue el caso de la mexicana *Plural*. Sin embargo, por algunos años más, la disputa intelectual seguirá referenciándose en los términos antes propuestos: a favor o en contra de la autonomía relativa de las producciones culturales, a favor o en contra de la consagración en el mercado, a favor o en contra del castrismo, de la lucha armada o de la violencia, a favor o en contra de la figura del intelectual revolucionario, de la politización de la teoría y las disciplinas.

Esta característica se puede observar incluso en publicaciones que no responden a un sentido restringido de lo que es una revista cultural, como las publicaciones académicas. Baste pensar en los debates de las emergentes ciencias sociales, dentro de las cuales no solo surgieron nuevas figuras del intelectual (el científico social pasó a ocupar un lugar antes reservado sólo a la figura del escritor), sino nuevas formas de relación entre teoría y política. La escena de las ciencias sociales chilenas hasta el golpe de 1973, punto de reunión de los académicos latinoamericanos y de sus más notorias instituciones y corrientes (desde el desarrollismo hasta el dependentismo

y el marxismo) es un ejemplo notable del cambio morfológico y político del campo intelectual en buena parte de los países latinoamericanos (Lozoya López 2020). Lo mismo puede decirse de las publicaciones periódicas volcadas a un público de masas, como los semanarios de opinión o los suplementos culturales de la gran prensa: la discusión política y los llamados a la revolución estaban a la orden el día a la par de una vidriera de gestos y prácticas modernas.

En el contexto de las dictaduras militares, buena parte de las revistas culturales que formaron parte de este proceso debieron cerrarse y sus hacedores partir al exilio, en el caso de que no hayan encontrado la muerte a manos de una represión inédita y feroz. La clausura de la vida política reconfiguró *manu militari* un espacio sobre el cual ya asomaba una crisis, y las prácticas de contestación y debate trocaron en resistencia, lo que se explica en primer lugar por las condiciones de producción. El hecho de publicar, de salir a la calle, de tomar la palabra, era un acto de militancia cultural, de cohesión colectiva y de reconstrucción de identidades sobre un espacio fragmentado y hostil. No siempre estas revistas fueron portavoces de programas estéticos novedosos ni conjuntaron el vanguardismo estético o teórico con el radicalismo político, como una parte importante de sus antecesoras, simplemente porque su función se enfocó en primer lugar a lo que era urgente y necesario: quebrar el silencio y el terror. Esa era, en primer lugar, la política cultural de las revistas llamadas subterráneas o contraculturales, si bien, como ha señalado Evangelina Margiolakis para el caso argentino, un examen más detallado de la heterogeneidad de estas publicaciones y sus circuitos indica un dinamismo del campo cultural que no se condice con la idea de que la dictadura produjo un total repliegue (Margiolakis 2014, 1-14).

Las dictaduras también tuvieron otro efecto entre los grupos intelectuales y culturales: el del exilio. No es nueva la idea de que las condiciones de exilio provocaron y precipitaron nuevas formas de reflexión política habilitadas por el desplazamiento y la distancia, una nueva espacialidad y nuevas

redes de intercambio en los países de acogida. Y aquí el caso mexicano es emblemático, al menos para el exilio argentino: muchos de los protagonistas de los debates más intensos de la izquierda intelectual argentina encontraron en México condiciones para procesar la experiencia previa, sea como fracaso o derrota, y lo hicieron a través de revistas que se convirtieron en cajas de resonancia excepcionales. El caso de *Controversia* es ejemplar, pues en sus páginas no solo se discutió la lucha armada, las vías al socialismo y la relación entre democracia y proyectos emancipadores, sino también los términos de una crisis mayor, transatlántica, como fue la agenda ligada a la crisis del marxismo y a los debates en torno al proyecto eurocomunista (Reano 2013, 70-99; Giller 2016, 37-64).

Los procesos de transición democrática, los que fueron también acompañados de un intenso ciclo de modernización cultural, se sirvieron igualmente de las revistas como espacios a través de los cuales muchos intelectuales, ahora interpelados por el problema del Estado, la representación y las instituciones democráticas, se expresaron sobre la cosa pública a la vez que hacían ingresar al debate académico nuevos autores y temas, pero también un estilo, más apegado que antes a las lógicas de un campo organizado por la “carrera del talento”. No es que antes esta modulación no existiera, sino que ahora, despojada la intervención pública de una legitimación que requería de cuotas diversas de radicalismo político, la lógica cultural se fue autonomizando.

Internet y el fin de ciclo de las revistas culturales latinoamericanas

En todas estas etapas y esferas, los cambios de soporte fueron importantes, pero apenas impactaron en las formas de producción y circulación de las publicaciones periódicas, incluso cuando, si estuviéramos de acuerdo con Debray, ya hacia principios de la década de 1970 la *grafosfera*, allí donde prosperó el socialismo junto a la palabra impresa, había sido

desplazada por la lógica de las imágenes y la televisión. En parte porque esta periodización es discutible para el caso latinoamericano (e incluso puede serlo para el caso europeo), lo cierto es que, al menos hasta mediados o fines de la década de 1990, el terremoto tecnológico que trajo aparejada la masificación de internet, primero, y de las redes sociales, después, no se había manifestado en el campo de las publicaciones periódicas como una crisis de los formatos impresos y una devaluación de algunas formas culturales asociadas a ellos. Tampoco las nuevas tecnologías se pensaban como artefactos que facilitan el individualismo, los discursos de odio y la conformación de comunidades de cibernautas exaltados. Por el contrario, hace dos décadas, las herramientas de internet (*blogs*, sitios colaborativos, etc.) podían ser concebidas, y de hecho lo fueron, como instrumentos para dinamizar formas de resistencia y contestación social allí donde los partidos políticos, incluyendo los de izquierda, se encontraban paralizados o sin capacidad de organización ni canalización de las demandas sociales. Los movimientos altermundistas y antiglobalización y las revueltas antiliberales que emergieron con el cambio del milenio así parecieron demostrarlo, desde las protestas de Seattle en 1999 hasta la rebelión popular del 2001 en la Argentina. El surgimiento de una red mundial de comunicación alternativa a través del uso de web, como fue el caso de Indymedia, fue un elemento central de la discusión política pero también cultural en torno al papel de los medios de comunicación tradicionales y la crisis de representación que atravesó aquellos años de neoliberalismo intenso. En 2010, luego de casi diez años de existencia, Indymedia tenía más de 170 sitios activos desperdigados en más de una treintena de países. Pero para 2015 esos números se habían reducido a la mitad y su languidecimiento era un hecho. Las razones son varias, desde los límites de la propia estructura organizativa, hasta, principalmente, la decadencia del movimiento político que lo inspiraba. Esto se combinó con la emergencia de la web 2.0, es decir, la internet de las redes sociales, donde se da un tipo de conversación que parece resultar más amable

para los estilos de las nuevas derechas que para los proyectos alternativos o contestatarios.

Vale la pena apuntar que en los mismos años en los que Indymedia —una red de activistas más que de intelectuales—, alcanzaba los picos de su repercusión pública, dos de las revistas más importantes de la esfera intelectual organizada en la transición, como fueron la argentina *Punto de Vista* y la chilena, *Revista de Crítica Cultural*, dejaron de editarse y sus grupos editoriales se desperdigaron entre el reforzamiento de los proyectos académicos y el *aggiornamento* hacia el periodismo de opinión. El fin de estas publicaciones podría indicar simbólicamente el fin del ciclo de las revistas culturales latinoamericanas, tal como lo ha sugerido Horacio Tarcus. Retomando una de las cuestiones que he intentado sugerir en estas notas, considero que una forma de comprender la crisis de los formatos revisteriles, así como de las funciones que histórica y analíticamente se les han asignado, es observar la sincronía entre los efectos de una mutación tecnológica y el desmembramiento de los principios de legitimación que a lo largo de los últimos setenta años organizaron el tipo de intervención que ofrecían las revistas. El más importante de todos, fue, por supuesto, la política, entendida en sus variadas intensidades: desde la política como vocación revolucionaria hasta la política como consenso y representación, desde la política de los géneros y las formas hasta la política como sustrato de la resistencia cultural; la política, por último, como protagonista contenciosa de procesos de modernización cultural, disciplinar, estética y social.

La cuestión entonces parece ser pensar de qué modo la desarticulación del vínculo clásico entre política y cultura, que fue el sustrato a partir del cual las revistas cumplieron sus funciones principales y desplegaron su ciclo de esplendor, se engarzó con el cambio radical de los soportes materiales que trajo aparejada la era digital, en sus diversas etapas, desde la irrupción de internet hasta las redes sociales. Entonces, retomo la pregunta inicial: ¿De qué forma pensar un campo de revistas político-culturales cuando parece no

existir un centro o principio que organice y legitime la actividad revisteril y/o cultural o esos centros se vuelven esferas autocontenidas? ¿Frente a qué o quiénes se toma posición y se organiza un debate de ideas, un canon alternativo, un polo de resistencia o disidencia? ¿Existe una esfera pública a quienes dirigir un discurso que interpele más allá de los iniciados o ya convencidos? ¿Qué figuras del intelectual serían ahora impulsoras de un modo de intervención que requiera un proyecto colectivo como una revista? ¿Qué novedades podrían portar? ¿Qué política cultural? Si, como se ha dicho, ya no es posible pensar la política y la cultura por fuera de internet: ¿qué consecuencias tiene esto para los discursos políticos, culturales e incluso ideológicos que podría vehiculizar una revista? Si la forma es también un asunto político ¿qué forma, qué géneros, qué programa ha de tener un artefacto que quiera asumirse en la tradición de las revistas cuyo ciclo parece haberse cerrado? ¿Es correcta la idea de que es necesario resistir la mutación tecnológica manteniéndose apegados a géneros y formatos supuestamente mejores conductores de politicidad? ¿Por qué y cómo el cambio de soporte supondría una radical transformación de las funciones que se le han asignado a las revistas? ¿Dónde está alojada la potencia política de estos tiempos? El programa del coloquio para el cual fue pensando este texto, con su numerosa mesa sobre mujeres y feminismo, puede indicar algo en ese sentido, al mismo tiempo que recordar que el ciclo de revistas latinoamericanas se organizó, salvo casos excepcionales, sobre jerarquías y distinciones de género, raza y saberes que reflejaban también una concepción de las legitimidades de la palabra política que está siendo profundamente cuestionado.

Conclusiones

Para finalizar, considero preferible pensar que la proliferación de estudios sobre revistas culturales de los últimos años no es un producto de la “belleza de lo muerto”, para tomar la ex-

presión que Michel de Certeau eligió para explicar el modo en que los estudios sobre la cultura popular sólo prosperaron una vez que el peligro del objeto fue censurado. Una represión política, decía De Certeau, se encuentra en el origen de la curiosidad científica (De Certeau 1999, 47). Tal vez sea más interesante reflexionar acerca de cuánto de lo que hemos aprendido sobre las revistas y sus funciones en la cultura latinoamericana nos puede resultar útil para observar la transición de lo impreso a lo digital y en qué medida esa mutación de la forma puede o no determinar también los contenidos y las funciones públicas, políticas e intelectuales que se le asignan a las revistas en una época de crisis de las antiguas legitimidades. Se trata, sin duda, de una discusión más política y cultural que tecnológica. O más bien, de una discusión sobre la dimensión política de la tecnología y sobre la politicidad de las formas y soportes, de sus potencialidades y límites, prescindiendo, en la medida de lo posible, tanto del confiado entusiasmo como de la melancolía.

Referencias

- Altamirano, Carlos. 2002. *Intelectuales*. Bogotá: Norma.
- Álvarez, Emiliano. 2016. "En Cuestión. Un rescate del basurero de la historia", *América Lee*. www.americalee.cedinci.org
- Crespo, Regina. 2020. "Del papel a la pantalla: ¿las publicaciones digitales son las nuevas revistas político-culturales? Un análisis del caso brasileño", *Revista de Historia de América*, núm. 158: 337-364.
- De Certeau, Michel. 1999. (en colaboración Dominique Julia y Jacques Revel), "La belleza del muerto: Nizard", *La cultura en plural*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Debray, Régis. 2007. "El socialismo y la imprenta", *New Left Review*, núm. 46: 5-26.
- Giller, Diego. 2016. "La revista de la derrota. Exilio y democracia en *Controversia* (1979-1981)", *Latinoamérica*, núm. 63: 37-64.
- Gilman, Claudia. 2003. *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Hobsbawm, Eric. 2011. *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Crítica.
- López Lozoya, Ivette. 2020. *Intelectuales y revolución. Científicos sociales latinoamericanos en el MIR chileno (1965-1973)*. Santiago de Chile: Ariadna Ediciones.
- Manzano, Valeria. 2017. *La era de la juventud en Argentina. Cultura, política y sexualidad desde Perón hasta Videla*. Buenos Aires: FCE.
- Margiolakis, Evangelina. 2014. "La conformación de una trama colectiva de publicaciones culturales subterráneas durante la última dictadura cívico-militar argentina", *Contenciosa*, núm. 2: 1-14.
- Reano, Adriana. 2013. "Cultura política y democracia: el debate intelectual en la revista *Controversia* para el análisis de la realidad argentina", *Dimensões. Revista de História*, núm. 29: 70-99.
- Rogers, Geraldine. 2019. "Las publicaciones periódicas como dispositivos de exposición", en *Revistas, archivo y exposición: Publicaciones periódicas argentinas del siglo XX*, Verónica Delgado y Geraldine Rogers (Coords.), La Plata: UNLP, pp. 11-27.
- Saferstein, Ezequiel. 2021. *¿Cómo se fabrica un best seller político? La trastienda de los éxitos editoriales y su capacidad de intervenir en la agenda pública*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Tarcus, Horacio. 2020. *Las revistas culturales latinoamericanas. Giro material, tramas intelectuales y redes revisteriles*. Temperley: Tren en Movimiento.
- Zolov, Eric. 2012. "Expandiendo nuestros horizontes conceptuales: el pasaje de una "vieja" a una "nueva izquierda" en América Latina en los años sesenta", *Aletheia*, vol. 2, núm. 4: 1-24.